

EL PADRE ISLA, TRADUCTOR DE OBRAS FRANCESAS

RAFAEL LLANOS GÓMEZ

Universidad Carlos III de Madrid

La introducción de la dinastía borbónica en España, en el umbral de 1700, aporta nuevos elementos en el agostado panorama literario español. En torno a 1725, se levanta una viva polémica sobre el papel que debe concederse a la literatura francesa en la necesaria regeneración de nuestras letras. Los escritores españoles desde muy distintos campos, mal acostumbrados a otra crítica que no fuera la inquisitorial o gubernativa, manifestaron opiniones muy diversas sobre este asunto. Las posiciones más extremas, casticistas recalcitrantes y afrancesados renegados, atrincherados en sus posiciones, no desaprovecharon la ocasión para despachar sus argumento en contra o a favor de la regeneración de la literatura española gracias a un fecundo aprendizaje de lo que se venía haciendo al otro lado de los Pirineos.

Acallados los casticistas, aunque nunca abatidos, los regeneracionistas, sin embargo, no lograron ponerse de acuerdo en qué canon de obras francesas debían ponerse a imitación de nuestros escritores. Las vicisitudes políticas y el talante intelectual de quien tratara de orientar la dirección de esta empresa de afrancesamiento delimitaba qué libros franceses había que proponer como modelos, qué se debía importar, traducir, imitar.

El Padre Isla dedicó mucho tiempo de su trabajo a traducir obras francesas, tomando parte con voz y voto en esta *querelle* a la española. Cuáles fueron estas traducciones, los motivos por los que las eligió, las circunstancias en que se publicaron, así como las calidades que, según el autor del *Fray Gerundio*, debían exigirse a una traducción, constituirán el contenido de esta comunicación.

El trabajo de traducir ha sido, por lo común, considerado como una tarea de escaso relieve, para el que no se requiere talento literario, quedando el traductor en un modesto segundo plano y no es raro encontrar traductores que escondieron su identidad tras la máscara opaca del seudónimo o del anonimato. Este reproche, como veremos, fue lanzado contra el Padre Isla, como cabría esperar por parte de quien, por los motivos que fuera, esperaba de una personalidad dotada de agudísimo ingenio obras prístinamente originales. Escasísimo eco tuvieron, sin embargo, semejantes asechanzas, y ningún tributo cobraron en el ánimo del jesuitas que dedicó buena parte de su trabajo a la traducción. Para alguien que debía apasionarse por las letras, adaptar textos de otras lenguas para fertilizar el agostado gusto español, debía parecerle tarea utilísima y durante toda su vida literaria se dedicó a ella con no menos pasión y talento que los dedicados a obras originales. Desde las primeras traducciones de que tenemos noticia por los años veinte hasta la versión del *Gil Blas* en la que trabajaba en los aledaños de su muerte en el penoso exilio italiano, Isla no dejó de interesarse por dar a conocer autores y obras francesas útiles al público español.

Los biógrafos del de Valderas nos han dejado contadas referencias a sus años de formación. La educación familiar, sus primeros profesores, su decisión de seguir a la Compañía de Jesús. Parece ser, según nos cuenta alguno de ellos, que para matar el tedio del noviciado, se interesó por alguna obra francesa y sin necesidad de profesor alguno, alcanzó al cabo de algunas semanas un conocimiento poco corriente de la lengua francesa. Singular maravilla de sus años mozos que presagiaba la lumbrera que se encendía en Villagarcía.

De sus años en la Universidad de Salamanca son más los detalles que ilustran una formación literaria más esmerada bajo la dirección de los maestros del Colegio de los Jesuitas de la ciudad del Tormes. Destaca entre las personas que más influyeron en su vida y en su posterior trabajo literario el P. Luis de Losada con el que se establecerían con el tiempo lazos familiares. A Losada le debe Isla un talante abierto y curioso hacia las novedades literarias y científicas y de todas aquellas cosas que pudieran vivificar el panorama literario español sin menoscabo de la ortodoxia católica. También debe a Losada la ambición literaria. Ambos llevaron a cabo algunas obras comunes como *La juventud triunfante* (1727) y ambos debieron trazar planes de empresas más ambiciosas que luego Isla llevaría a cabo como la traducción del *Año cristiano*. Tampoco sería extraño, como algunos críticos apuntan, que la idea del *Fray Gerundio* surgiera de estos años de Salamanca y de la estrecha colaboración con su maestro Losada.

La primera obra salida de la imprenta en la que figura el nombre del Padre Isla como traductor fue la *Historia del Emperador Theodosio el Grande* de Fléchier.¹ La elección de autor y obra no parece que fuera fortuita. El obispo de Nimes se había interesado por algunos personajes españoles (el emperador Teodosio, el cardenal Cisneros) que si bien de épocas muy diferentes, habían tenido un papel destacado en la historia eclesiástica. La biografía la escribió Fléchier por encargo del preceptor del Príncipe y heredero de Luis XIV para que tuviera un cuadro histórico breve, en donde pudiera aprender las virtudes políticas, religiosas y morales tomando a aquel emperador romano como modelo. El hecho de que Fléchier dedicara su *Teodosio* al que fuera Delfín de Francia, futuro padre de Felipe V, reinante éste en el trono de España, no deja de tener interés y nos parece en consonancia con un determinado sentido que tomaba la cultura oficial inspirada desde la corte.

Al parecer, la traducción del *Teodosio* estaba ya hecha en 1726, si no antes, cinco años antes de su publicación, cuando en los tiempos de Salamanca, el padre Isla no contaba más que 22 o 23 años. El trabajo lo emprendió no como un encargo, sino como un pasatiempo aprovechando los ratos de recreo que se permitía a los jóvenes en el Colegio de la Compañía y que llamaban *asuetos*. Por modestia no quería hacer pública, a pesar de las recomendaciones contrarias de amigos y otras personas de calidad que comenzaban a apreciar el talento del joven jesuita.²

A pesar de todo los padrinos con los que cuenta el joven traductor son más modestos. Reconociéndose “pequeño en todos los sentidos”, dedicará sus dos tomos respectivamente al concejo de Valderas, su pueblo, y al obispo de Granada, don Francisco de Perea y Porras, su amigo. La obra, por sus dimensiones en pequeño formato, parece

¹ E. Fléchier: *El héroe español, Historia del Emperador Theodosio el Grande, sacada de la que dió a luz en lengua francesa el Ilustrissimo Flechier, Obispo de Nimes. Por el Padre Joseph Francisco de Isla, de la Compañía de Jesús...* En Madrid, por Alonso Balvás, 1731. 2 vols.

² Carta de Tiburcio de Aguirre entre los preliminares de E. Fléchier, o. cit.

haber intentado alcanzar al gran público. Sin embargo, parece que mereció pocas ediciones en comparación desde luego con el éxito editorial que alcanzarían futuras producciones del jesuita leonés.³

La de Fléchier es la primera traducción que conocemos impresa del Padre Isla. Sin embargo, pudo ser que no fuera la primera y que en sus años juveniles trabajara en otras traducciones francesas. Pasado el tiempo, el padre jesuita Juan Ignacio Guerrero, Maestro de Teología en el Colegio Imperial, en la censura que dedica en 1753 a la traducción que entonces veía la luz, hecha por Isla del *Año cristiano* de Croiset, en su primer tomo menciona entre las traducciones que avalan el mérito literario de su compañero la *Historia del Emperador Teodosio el Grande* y el *Catecismo histórico* del Abbé Fleury.

La atribución a Isla de una versión española del *catecismo* de Fleury está llena de interrogantes. Ningún biógrafo ni las bibliografías más autorizadas hacen mención de esta traducción.⁴ Sin embargo parece poco razonable rechazar sin más tal atribución puesta en los preliminares de una obra dedicada al rey y especialmente cuidada. De admitirla habría que situarla entre los trabajos juveniles de Isla en consonancia con las empresas de divulgación de obras francesas de calidad y susceptibles de alcanzar al gran público.

El de Fleury es un catecismo que ha tenido un éxito enorme editándose reiteradas veces. Entre sus múltiples adaptaciones para uso de la escuela, la forma más común de presentarse constaba de dos partes: un resumen de historia sagrada y de un compendio de la doctrina cristiana. En ocasiones llegó a acompañarse de lecturas breves para ser leídas en las escuelas.

Si admitimos que existió una versión del *catecismo histórico* en la que intervino el autor del *Fray Gerundio*, ¿cuál sería de entre las que nos han llegado hasta nosotros? Se menciona una traducción de Carlos Velbeder aparecida por primera vez en París en 1717 y reeditada al menos dos veces.⁵ Se cita otra versión debida a fray Juan Interián de Ayala con incontables ediciones desde 1718 y aún hay otra traductor de la misma obra, don Diego Simancas, cuyo trabajo comienza a ver público en 1795. Si resulta difícil identificar a estos traductores, la de Isla no tiene por qué coincidir con alguna de ellas.

La tercera obra a la que nos vamos a referir, salida de la labor traductora de Isla, es también obra dirigida a un público amplio, una obra de síntesis, de apreciable estilo literario, de tema español y salida de la pluma de un jesuita: el *Compendio de la Historia de España* del padre Duchesne.⁶ Al parecer fue el autor, que fuera preceptor del

³ Amberes, 1748; Madrid, 1783. A. Palau y Dulcet: *Manual del librero hispanoamericano...*, ed. corregida y aumentada por el autor, Barcelona-Oxford, The Dolphin Book, 1976², núms. 92.119-92.120.

⁴ B. Gaudeau: *Étude sur Fray Gerundio et son auteur le P. José Francisco de Isla, 1703-1781*, 2 vols., París, Retaux-Brey, 1890-1891. El segundo volumen apareció como *Les prêcheurs burlesques en Espagne au XVIII^e siècle. Étude sur le P. Isla*, título como suele citarse esta obra. Contiene un documentado apéndice bibliográfico.

⁵ A. Palau y Dulcet, o. cit., núms. 92.177-92.198.

⁶ J. B. Ph. Duchesne: *Compendio de la Historia de España escrito en francés...* Traducióle en castellano el R. P. Josef Francisco de Isla... con algunas notas críticas, que pueden servir de suplemento, por el mismo traductor. En Lyon por los hermanos Cramer, 1750. 2 vols. La versión original

Príncipe y de los infantes, quien pidió a Isla que se comprometiera con la edición española de esta síntesis de historia nacional. Al final de la década de los cuarenta la reputación de Isla había ido ascendiendo y también la calidad de las personas con las que se relacionaba. La versión de Isla, que no desentona en absoluto de la calidad literaria de la versión francesa, le sirve al escritor leonés para un ejercicio de crítica juiciosa con lo que se decía en Francia sobre España. A la denuncia de exagerada extravagancia y desmesura que sale del paladar francés, Isla reivindica el ingenio y la agudeza como genuino sabor nacional. Isla, traductor del francés, nos aparece como a lo largo de toda su larga producción literaria como un encendido defensor de lo español, no renunciando por timidez a los valores peculiares del "gusto nacional".

La versión española contó con una excelente acogida por parte del público a juzgar por el número de reimpressiones que han llegado hasta nosotros.

Es de todos conocido el interés reiterado por el padre Isla en la renovación de la oratoria sagrada, para la que ofreciera, como modelos recientes, predicadores franceses de la talla de Bourdaloue, Bossuet, Fléchier o Masillon y no franceses como Vieira, no debe extrañar que la elección de obras que se apresta a traducir se encaminen a un amplio grupo de lectores. Junto con el catecismo, la biografía y la síntesis de historia nacional, un proyecto que va a poner en marcha se encuadra dentro del género hagiográfico. El propósito había surgido de los años de Salamanca y de la compañía de Losada en la traducción del *Año cristiano* del padre Croiset.⁷

La lectura de contenido hagiográfico no había dejado de interesar en España y, al igual que otros géneros, también el de la biografía de los santos de la Iglesia, hubo de adaptarse a las nueva sensibilidad que disponía un público exigente de verosimilitud y buen gusto.⁸ Es sintonía con este estado de cosas Isla va se va a comprometer en una empresa que le va consumir muchas de sus energías. No se trata de la traducción de una obra de reducidas dimensiones, sino de una extensa obra en doce volúmenes pero de la que el jesuita espera buen provecho para las almas.

A diferencia de los tradicionales *flores sanctorum* de Villegas o Rivadeneyra, que se contentaban con presentar las vidas ejemplares de los santos, el *año cristiano* del francés presentaba un método más complejo en el que, a la biografía del personaje, se añadían relatos bíblicos en lengua vernácula, textos litúrgicos, himnos, consideraciones morales, oraciones... La fórmula seguida exigía por parte del lector una actitud más activa para el buen aprovechamiento de la lectura.

No sabemos hasta qué extremo, pero parece lógico pensar que la Compañía de Jesús apoyara el proyecto de dar a conocer esta obra fuera de Francia. El *año cristiano* fue traducida prácticamente por los mismos años a un buen número de lenguas euro-

francesa había aparecido pocos años antes: *Abregé de l'histoire de l'Espagne*, París, chez Chaubert, Lambert et Durand, M.DCC.XLI (1741).

⁷ El padre Jean Croiset es conocido "como uno de los grandes maestros de la vida espiritual". Había nacido en Marsella a mediados del siglo XVII, llegando a ser Provincial de los jesuitas. Es conocido como director espiritual, como predicador y difusor de la devoción al Corazón de Jesús. Murió en Aviñón en 1738. Las *Vies des saints pour tous les jours de l'année* aparecieron publicadas en Lyon en 1712, en 18 volúmenes, mereciendo el elogio del Papa Clemente XI quien le rebautizó con el nombre de *Año cristiano*.

⁸ R. Llanos Gómez: "Exagerada y tormentosa vida de San Antonio Abad. Hagiografía e Ilustración en España (1750-1800)", *Historia, memoria y ficción*. IX encuentro "De la Ilustración al Romanticismo". Cádiz, 14 a 16 de mayo de 1997.

peas (español, alemán, italiano). Para la versión española se había aprestado antes que la emprendiera el padre Isla, otros dos ilustres jesuitas según reconoce el traductor en los preliminares del primer volumen: el padre Gabriel Bermúdez, confesor de Felipe V, y su amigo ya desaparecido Luis Losada.

Los primeros pasos de la edición isleña del *año cristiano* parecían presagiar un éxito seguro de público y de crítica y que el camino para futuros volúmenes estaba allanado.⁹ En efecto, el primer volumen, de doce de que debía componerse la obra, apareció en Salamanca en 1753 con una dedicatoria al rey Fernando VI, muestra del agudo e ingenioso estilo de Isla.¹⁰

José Francisco de Isla había alcanzado por los años cincuenta influencia en el círculo del marqués de la Ensenada y fue este ministro el que intercedió para que el monarca aceptara la dedicatoria del volumen con que se iniciaba el *año cristiano*. Al año siguiente dedicaba el segundo a Don Zenón de Somodevilla, con lo que se cumplía con las formas de la cortesía y el agradecimiento.

La versión española de texto hagiográfico contó en una primera parte con una buena acogida del público y con inmejorables patrocinadores. La obra se adapta, en sus doce volúmenes, a los doce meses del año. El segundo volumen apareció, como hemos dicho, en 1754. Y a partir de aquí la marcha se interrumpe. El *Fray Gerundio* irrumpe en 1758 levantado una agria polémica que llevo a la prohibición explícita del autor a seguir publicando. La entronización de Carlos III tampoco parece presagiar precisamente una época de bonanza para los jesuitas. El padre Isla se vio precisado a pedir una aclaración explícita por parte de los responsables de la censura civil sobre si la prohibición de publicar que pesaba sobre él incluía también la continuación del *año cristiano*. Los censores le dan luz verde con la edición pero a partir de entonces no le va a ser fácil buscar patrocinadores para su empresa editorial.

El tomo tercero no aparecerá hasta 1762, ¡ochos años de demora! La dedicatoria ya no se refiere a reyes o ministros. Se agradece a un grupo de riojanos que prefiere mantener en el anonimato el favor de haberle facilitado los medios para la publicación. El volumen cuarto y el quinto en 1763, y los otros hasta el undécimo inclusive antes de 1767. El duodécimo (diciembre) estaba acabado cuando el famoso auto acordado de expulsión de los jesuitas sorprendió a Isla cuando acababa de enviarlo a la revisión. Los incidentes posteriores complicaron la culminación de la obra. El manuscrito se perdió y la versión que completa la serie parece de otra mano. A pesar de tantas contrariedades, de las que se hace eco con mucha frecuencia en la correspondencia familiar

⁹ J. Croiset: *Año Christiano o Exercicios de piedad para todos los dias del año. Contiene la explicación del Misterio, o la vida del santo correspondiente a cada día; algunas reflexiones sobre la epístola, una meditación después del evangelio de la missa, y algunos exercicios prácticos de devoción, o propósitos adaptables a todo género de personas. Escribióle en francés el P. Juan Croiset de la Compañía de Jesús. Traducíale en castellano el P. Joseph Francisco de Isla de la misma Compañía... En Salamanca, por Eugenio García de Honorato y San Miguel, Impresor de esta Ciudad, y Universidad. s.a. (1753).*

¹⁰ Las dedicatorias y otros preliminares que acompañan las primeras ediciones fueron editadas después en *Dedicatorias, prólogos y advertencias del P. Joseph Francisco de Isla, de la extinguida Compañía, que se hallan en las primeras ediciones... del año cristiano... y que se reimprimen en obsequio de los que tienen las posteriores, que carecen de estas piezas. Con las licencias necesarias. En Pamplona, por Josef Lonjás, año 1792.*

de estos años, la obra tuvo buena salida entre el público y fue reeditada en varias ocasiones.¹¹

Con el propósito de defender a los jesuitas de las calumnias que de todas partes se vertían sobre ellos por aquellos años, el padre Isla emprendió la traducción de la historia del Paraguay del padre Charleroix. Hacia 1760, tres volúmenes de los seis estaban preparados para salir, pero los superiores jesuitas consideraron inoportuna su publicación.

La última traducción importante que va a emprender, ya en el exilio boloñés, son las *Aventuras de Gil Blas de Santillana*,¹² objeto de una larga y encendida discusión sobre la paternidad francesa o española de esta obra.¹³ En esta ocasión Isla vuelve a aparecer como un celoso guardián de los derechos de su nación española. Su fibra patriótica vuelve a sentirse herida por lo que él considera una usurpación y no ahorra energías para “restituir” a su patria lo que es suyo.

Hasta aquí hemos tratado de rastrear la vicisitudes de las obras francesas traducidas por el jesuita. Si con algunas dificultades podemos rastrear su trabajo de traductor, más difícil resulta poner en claro las estrategias de edición y de traducción. No parece de interés proponernos tres interrogantes: ¿cómo elegía las obras que traducir? ¿cómo encontraba recursos para editarlas? y ¿qué medidas cautelares tomaba para evitar los inconvenientes de una crítica que podía llegar a ser despiadada?

Respecto a la elección de obras que traducir, hemos anotado dos elementos comunes de entre las que estuvieron en las manos del escritor: la calidad literaria y el interés general de su contenido. Se trate de un catecismo, de un compendio de historia de España o de literatura devota, en todos los casos se trata de obras no especializadas que podían interesar a un amplio grupo de lectores.

Por lo que se refiere a las estrategias de edición, a lo largo de estos ejemplos hemos podido anotar cómo se esfuerza Isla en encontrar padrinos que puedan proteger bajo la égida de una dedicatoria los libros que de su pluma van saliendo a la luz. Llama la atención, la infatigable actividad de nuestro autor para conectar con posibles patrocinadores y variedad de éstos. No ha dejado de pasar inadvertida la capacidad de relacionarse del jesuita con personas de la corte, no habiendo residido nunca en la corte e incluso habiendo rechazada expresamente encargo cortesanos de relevancia.¹⁴

La crítica en la España de la segunda mitad del siglo XVIII podía tener consecuencias imprevisibles.¹⁵ El mismo Isla lo padecerá en sus propias carnes con ocasión de la publicación del *Gerundio*. Lo que podía pasar pasó y no sabemos si los efectos de la sátira sobrepasó o no las previsiones del autor. Lo que se constata en todos los casos es el

¹¹ Cf. “Cartas familiares” en J. F. de Isla: *Obras escogidas. Con una noticia de su vida y escritos* por el P. F. Monlau, Madrid, Rivadeneyra, 1850. (Col. “Biblioteca de Autores Españoles”, n. XV).

¹² Le Sage: *Aventuras de Gil Blas de Santillana robadas a España por M. Le Sage y restituidas a su patria y a su lengua nativa por un español zeloso que no sufre se burlen de su nación. Con privilegio. En Valencia y oficina de D. Benito Monfort, MDCCLXXXIII (1783). 4 vols.*

¹³ Cf. Brunetière: “La question de Gil Blas”, *Revue politique et littéraire*, de 16 de mayo de 1883 y un resumen del estado de la cuestión en su tiempo en B. Gaudeau, o. cit., capítulo IX, pp. 142-166.

¹⁴ R. P. Sebold: “Introducción”, en J. F. Isla, *Fray Gerundio de Campazas*, vol. I, Madrid, Espasa-Calpe, 1960, pp. IX-XCVIII (Col. “Clásicos Castellanos”, n. 148).

¹⁵ Cf. entre otros M. Defourneaux: *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII*. (t.o.: *L'Inquisition espagnole et les livres français au XVIII^e siècle*, París, Presses Universitaires de France, 1963), trad. J. Ignacio Tellechea Idígoras, Madrid, Taurus, 1973; L. Domergue: *Censure et lumières dans l'Espagne de Charles III*, París, CNRS, 1982.

cuidado con que obraban autores y traductores para poner en el mercado sus producciones con el mínimo de riesgo de su vida, hacienda o prestigio.

Otro ejemplo nos lo brinda su maestro y amigo el padre Luis Losada. El compañero de Isla había vertido al castellano el *Retiro espiritual* del mismo Jean Croiset. La primera versión debió de alertar a algunas personas, y hubo de enmendarse en una edición posterior.¹⁶ Esta experiencia u otras de este género debieron servir de escarmiento y no es desatinado pensar que algunas traducciones salían por primera vez con nombre del traductor simulado en espera del efecto que produjera en el público o en los superiores —en el más amplio sentido— y, una vez resueltos los reparos, reaparecer con nombre propio en ediciones posteriores.

En cuanto al ejercicio de traducción en alguna ocasión el padre Isla nos ha dejado indicado lo que pudieran ser las reglas de las que se ha servido para trasladar el texto francés en castellano. Libre y no ceñido es el método que preconiza nuestro traductor a lo largo de toda su densa obra traductora. Se interesa más, en efecto, por el pensamiento del autor que no por la letra del texto. Confiesa al comienzo de su carrera literaria:

Si se llama traducir con fidelidad volver puntualmente a nuestro idioma, las frases, colocación, aire, y carácter, del lenguaje que se copia, desde luego confesamos, que es infiel en casi todo el contexto esta nuestra traducción; pero si basta para traducir bien, y con legal exacción, exprimir el pensamiento del autor que se construye, sin alterar el sentido, poniendo en orden las expresiones, y dejando a cada lengua el arranque de las cláusulas, el *ajir* de las transiciones, y la disposición de los periodos, según el peculiar dialecto de cada una, confesamos también, que este intento nos propusimos; sino acertamos a lograrle, culpa fue de nuestra insuficiencias, y puede bastar por castigo, esta sincera confesión.¹⁷

En apoyo de esta predilección acude a la autoridad de unos sólidos modelos que habían usado en las versiones de textos un estilo libre, a la vez respetuoso con el pensamiento del autor, pero también respetuoso con el rigor y propiedad a la lengua en que vertían sus textos. “No pretendemos llamar a examen estas dos reglas, ni mucho menos graduarlas; contentámonos con decir, que seguimos la segunda, porque la vemos practicada por los Príncipes de la traducción.”¹⁸

En los años de madurez el estilo libre de sus traducciones se consolida, prefiriendo a veces el verbo “construir” que el de “traducir” para designar la manipulación a la que somete esos textos. Entre los preliminares del primer volumen del *Año cristiano* se incluye un artículo intitulado “Del que traduce al que lee”. Allí entre otras cosas declara que habiendo comenzado a traducir con un método que, sin llegar a ser servil, se ajustaba más al texto francés, en el transcurso del trabajo se fue separando más de un estilo fiel a la letra para ajustarse más al sentido.

¹⁶J. F. de Isla: “El que traduce al que lee”, en J. Croiset: *Año cristiano...* vol. I, preliminares.

¹⁷“Del que traduce al que leyere”, en E. Fléchier, *El héroe español...*

¹⁸ Son estos modelos: “El Ilustrísimo Manero, en la de Tertuliano; Don Gómez de la Rocha, en la Moral del Caballero Gran Cruz Manuel Thesauró; Don Francisco de Aragón, en la de Causino; en los Epigramas de Owen, Don Francisco de la Torre; Basilio de Barea, en la de Enrique Catherino; el Maestro Altamirano (por otro nombre) el Padre Gabriel Bermúdez, en la del Retiro espiritual; y finalmente, sin que sea adulación, la de Phelipe V, cuando duque niño de Anjou, de las *costumbres de los alemanes, y vida de Julio Agrícola*, que tradujo a su idioma francés, del latino, en que la escribió Cornelio Tácito.”

“Para que del francés se haga buen castellano es menester hablar en francés lo menos que se pueda; huyendo no sólo de sus voces, sino de su aire. Esto no es tan fácil, como a primera vista parece a los que no se ponen a probarlo; y me atrevo a decir, que ninguno podrá conseguirlo, sino quita, sino añade, sino hace en cierta manera añicos el original [...] el traductor, concl no ha de volver los ojos al original, si ha de sacar airosa la copia. Ciertamente no traducirá con gala el que no se olvida de que está traduciendo.”

El segundo motivo por el que se convence de ser preferible una versión libre, más interesada en ser fiel al sentido que no a la letra, es el respeto a la lengua materna. El celo patriótico de español vuelve aparecer en quien estaba curado de aparece apegado a modas ultrapirenaicas.

Entregueme enteramente a una versión libre, sin escrupulizar en que tal vez pareciese parafrástica, con tal que dejase en todo su significado, y en todo su sentido el pensamiento del autor, porque, sino amante de mi lengua, quise más parecer español por cuatro palabras más, que sonar a extranjero por cuatro términos menos. Empeñeme en que apenas hubiese voz, cláusula, ni arranque, que pareciese fundido del otro lado de los Pirineos, para convencer prácticamente que nuestra lengua es capaz de todo cuanto han querido apropiarse a sí las forasteras. Y que no tiene ella la culpa de que cuatro españoles indignos, lisonjeros, afectados, o infecundos, juzguen que no hablan con perfección, ni a la moda el castellano, sino le pronuncian, sino le escriben, sino le francesizan como un *Petit-Abbé* recién trasplantado a España desde París.¹⁹

La actitud de defensa de la integridad de español ante extravagantes incorrecciones de procedencia francesa tuvo ocasión vuelve a aparecer cuando se convierte en censor de una traducción. En el extenso “Prólogo con morrión” que precede al *Fray Gerundio* se hace eco de la aparición de una obra que por aquellos días acababa de ver la luz y que como el *Gerundio* se proponía denunciar la decadencia en que se encontraba la oratoria sagrada en España.²⁰ El propósito de Panel era bueno, pero sirvió de ocasión para herir la sensibilidad del español celoso por el prestigio de sus letras. Después de desenmascarar al “autor duende” le devuelve sus burlas, ridiculizando su ignorancia de la lengua española introduciendo un sin fin de galicismos.

Para tener una idea de conjunto de lo que supuso la labor de Isla como traductor, convendría añadir a esta decena de obras francesas vertidas al español, su trabajos de traductor de obras latinas e italianas. El conjunto, por tanto, merece ser considerado como parte medular de su oficio de escritor y no como meros productos de circunstancias.

¹⁹ Ib.

²⁰ *La sabiduría y la locura en el púlpito de las monjas* apareció sin nombre de traductor fingiendo ser editado en Amberes en 1758. Ofrecía dos traducciones en español de sermones de toma de hábito del padre Claude de la Colombière presentados como modelos que imitar y a continuación como en negativo, reproducía con propósito burlón dos sermones españoles del mismo tema predicados en la corte por dos oradores famosos de aquel tiempo.